mente, para la necesaria claridad, seguiremos en nuestras observaciones el mismo orden establecido en el libro, que consta de cuatro partes:

Primera. ¿Qué conocimientos son más útiles?

Segunda. De la educación intelectual.

Tercera. De la educación moral.

Cuarta. De la educación física.

I.

¿QUÉ CONOCIMIENTOS SON MÁS ÚTILES?

Spencer enaltece las excelencias de la ciencia, y no seremos nosotros los que dejemos de aplaudirle por el entusiasmo y la verdad con que la ensalza. Sí, tiene razón cuando dice que la ciencia es moral, religiosa, artística y poética, y no conocemos pensador elevado y profundo, hombre verdaderamente científico, que no tenga algo de artista, de poeta y de sacerdote, que no nos impulse hacia lo bello y lo infinito. Si se nos opone una larga lista de eminencias científicas que han escandalizado á las almas timoratas, responderemos que el escándalo proviene más de la forma que de la esencia; está, por lo menos, tanto en los que le reciben como

en los que le dan, blasfemos para los que cifran su fe toda y su fervor en el sacramento y en el culto, pero no impíos para el que tiene más alta y amplia idea de la religión. Y aunque uno ú otro hombre científico pudiera ser tachado de impiedad, cosa tal vez no tan fácil como creen los que le acusan, no dejaría por eso la ciencia de ser religiosa; no se puede buscar y hallar la verdad sin aproximarse á Dios.

Pero la ciencia que ensalzamos, la que nos parece moral, religiosa, artística y poética, tanto quiere decir como *conocimiento;* abraza toda la esfera espiritual del hombre, y es la que puede dirigir y consolidar su educación. No es ésta ó aquélla, ó varias ó muchas formas de actividad disciplinada, metodizada, ilustrada y dirigida: son todas las actividades, porque todas constituyen el hombre y han de ser objeto de la educación.

Spencer clasifica, *según su importancia*, las principales direcciones de la actividad, y lo hace de la manera siguiente:

1.° Actividad que concurre directamente á la conservación del individuo;

2.° Actividad que, proveyendo á las necesidades de la existencia, contribuye indirectamente á su conservación,

3.º Actividad empleada en educar y disciplinar la familia;

4.º Actividad que asegura el mantenimiento del orden social;

5.º Actividad de varias clases, empleada en llenar los *momentos de ocio* de la existencia, es decir, en la satisfacción de gustos y sentimientos.

«Tal es, dice, el orden *jerárquico* de las diferentes direcciones de la actividad..... Es de toda evidencia que, en primer término, están las acciones y precauciones con cuyo auxilio nos aseguramos incesantemente nuestra seguridad personal....., actividades de diferentes géneros de importancia *decreciente*..... En el desenvolvimiento sucesivo de la sociedad, la familia ha precedido al Estado; los hijos han sido educados antes de la existencia del Estado, y podrían seguir siéndolo después de su destrucción; el Estado perecería sin ellos; de esto resulta que los deberes de padre de familia tienen más importancia que los de ciudadano.... La ciencia que concurra más directamente al desarrollo de la familia debe, pues, prevalecer sobre la que asegura la existencia de la sociedad. Las numerosas artes de agradable entretenimiento que llenan los ocios dejados por más

grandes ocupaciones, tales como la poesía, la música, la pintura, etc., implican claramente la preexistencia social..... Por consiguiente, todo lo que contribuya á formar buenos ciudadanos es más importante que cuanto pueda servir para adquirir ciertos talentos y satisfacer el gusto, y en materia de educación *debe preferirse lo primero á lo segundo*..... Es innegable que estas diferentes ramas de educación tienen entre sí lazos muy estrechos, y que cualquiera de entre ellos ayuda útilmente para adquirir los demás..... No pretendemos que sea necesario desenvolver la ciencia de la vida práctica proscribiendo el estudio de las artes y de la literatura; por el contrario, es preferible saber algo de todo esto. Sin embargo, las grandes divisiones que hemos establecido subsisten á pesar de esas ligeras restricciones, y se deducen unas de otras según el orden indicado, porque las divisiones correspondientes de la vida real dependen unas de otras en el mismo orden..... Huyamos de consagrar nuestra inteligencia á un orden exclusivo de conocimientos, por importantes que nos parezcan, con perjuicio de los demás; dirijamos igualmente nuestra atención hacia todos, *graduando* nuestros esfuerzos por su valor *relativo*. Es preciso, sin embargo, exceptuar lo

casos en que aptitudes particulares determinan racionalmente la vocación de una ciencia especial, que se convierte en verdadera profesión. En general, el objeto de la educación debe ser adquirir en la mayor medida posible los conocimientos que ayuden más eficazmente á desenvolver la vida individual bajo todos sus aspectos, limitándose á desflorar aquellos que concurran con menos eficacia á este desenvolvimiento.»

Hacemos estas citas como recuerdo é indicación, pero comprendiendo que es necesario leer todo el libro para persuadirse que, á pesar de ciertas salvedades y concesiones que un talento superior no podía menos de hacer, Spencer, si no es exclusivista, si no limita la educación á ciertas facultades, prescindiendo completamente de otras, por el orden jerárquico que establece, y por sus explicaciones, claramente se ve la mayor importancia que da á los conocimientos que, á su parecer, contribuyen más eficazmente al bienestar físico y prosperidad material del individuo, y cierta indiferencia, por no decir desdén, con que mira la satisfacción de *gustos* y sentimientos, y *el modo de distraer los momentos de ocio*, como él dice, con muy poca exactitud, á nuestro parecer.

Ocurren tres objeciones esenciales al sistema propuesto:

Primera. Se considera *sucesivo* lo que es *simultáneo*.

Segunda. Se considera *accesorio* lo que es *esencial*.

Tercera. Se llama la atención del educador sobre la *importancia* de los actos, en vez de insistir sobre la *dificultad*.

Considera sucesivo lo que es simultáneo.—Spencer tira *una línea* y la divide en cinco partes, diciendo: esto tiene importancia primera, aquello segunda, etc., en vez de trazar *una circunferencia* dividida en cinco, seis ó diez partes, que sobre esto habría mucho que hablar, pero todas equidistantes del centro, y con importancia igual, si no en la *extensión*, en el *tiempo*, de modo que alguna puede ser *mayor*, pero ninguna es *después*.

Seguramente, lo primero que necesita el niño así que nace es respirar y mamar; pero desde el momento en que empieza su vida de relación y puede comenzar á educarse, en vez de la escala ó la línea se presenta la circunferencia y la simultaneidad de lo que se supone sucesión.

Su instinto de conservación hace mucho,

pero necesita ser auxiliado por superior experiencia de los peligros que, sobre todo en los pueblos muy cultos, están como enmascarados y no pueden precaverse por el solo impulso instintivo.

No tiene deberes de padre que llenar, pero sí de hijo, de nieto, de hermano, y hay que dirigirle y enseñarle en sus relaciones de familia. No tiene que dar su voto para nombrar alcalde ni diputado, ni declarar en juicio, pero sus relaciones sociales con criados, vecinos, amigos, compañeros ó desconocidos, son desde luego jurídicas, conforme ó contra justicia, y hay un derecho que respetar ó que hacer valer, ya s trate de un juguete ó de la posesión de un palacio.

Respecto á la categoría que en el orden numérico ocupa el último lugar, debe notarse que, tan pronto como el niño tiene aptitud para recibir alguna influencia educadora, se observan en él impulsos buenos que hay que auxiliar, impulsos malos que hay que reprimir, gustos que hay que depurar y aburrimientos que conviene entretener. El egoísmo, raíz de los males que obra el hombre, prepondera en el niño que no es delicado en sus aficiones ni escrupuloso para divertirse haciendo daño y causando do

lor. Al mismo tiempo que se educan sus facultades, hay que educar sus sentimientos y sus gustos; porque tan seguro como que comerá y beberá cuando tenga hambre y sed, es que querrá ser primero para todo, si no único, é imponer su voluntad y divertirse. El objeto de los deseos no altera esencialmente la importancia subjetiva que tienen: que se encapriche con una mujer que no le ama ó no le conviene, ó se le antoje la luna; que se distraiga de penosas preocupaciones oyendo música clásica, ó que cese su llanto al escuchar el ruido desacorde que la niñera hace golpeando un objeto de loza, de cristal, ó una superficie metálica, no será menos cierto que, en el albor de la vida, como en la plenitud de ella, si no en el mismo grado, de la misma naturaleza, hay impulsos que reprimir, gustos que depurar, y estados del ánimo molestos y aun aflictivos en que es conveniente ó necesario promover una modificación.

No es tampoco exacto, como pretende Spencer, que «la ciencia que concurra más directamente al desarrollo de la familia debe prevalecer sobre la que asegura la existencia de la sociedad».

Observemos lo primero que es *una misma* la ciencia que contribuye al bien de la familia y

al de la sociedad, aunque haya alguna variación de forma en sus aplicaciones. Así, por ejemplo, las leyes que lo son verdaderamente de la economía política tienen aplicación á los individuos lo mismo que á las sociedades, y la higiene pública y la privada no parten de principios diferentes. Después, ó antes, nótese que, si no puede haber sociedad sin individuos, tampoco hombres sin sociedad (1), y que, por consiguiente, es tan necesario condicionar racionalmente las relaciones sociales como las de familia.

En cuanto á que las bellas artes implican la *preexistencia social*, cierto que no pueden existir sin sociedad: pero ¿ésta existe sin ellas? Las tribus más rudas rinden culto á la belleza, y Spencer, que donosamente compara la instrucción tal como se ha dado, y aun se da, al salvaje que *no se abriga* y *se adorna*, ya que es tan entusiasta, y aun diríamos fanático, de la Naturaleza, debiera haber visto cuán hondas raíces tiene lo que ligeramente se califica de superfi-

(1) Nos parece ocioso discutir si han existido alguna vez hombres que merezcan este nombre sin sociedad, lo cual, dicho sea de paso, creemos imposible; basta saber lo que no puede negarse: que los hombres cultos, para los cuales escribe Spencer, no pueden vivir sin sociedad.

cial; que el hombre, aun el más rudo, no vive sólo de pan, y que es tan naturalmente artista como sociable. Y decimos esto por lujo de condescendencia con las propensiones naturalistas del autor, porque, en cuanto á nosotros, lo que nos parece importante para educar al niño no es dirigir la razón y muchas veces soltar la imaginación sobre el hombre de la Naturaleza, sino estudiar bien el de hoy, y comprender la diferencia de *lo que es natural* en los bosques primitivos y en las grandes ciudades. Pero, aun dejándolas é internándonos en los bosques, ya vemos en el salvaje al artista, que antes prescinde de la comodidad que de la belleza.

Consintiendo por un momento en admitir como reglas lo que, cuando más, serán datos, y aceptando puntos de vista que no nos parecen propios para descubrir la verdad, siempre descubrimos ésta: *que todas las actividades del niño como del hombre son simultáneas, y que simultáneamente debe obrar sobre ellas la educación para ser provechosa.*

Se considera accesorio lo que es esencial.—En los errores no hay orden, pero sí encadenamiento, y después de calificar de sucesivo lo que es simultáneo, era difícil no tener por accesorio lo que es esencial; lo *principal* será lo

primero. Spencer quiere que ante todo y sobre todo se enseñe la ciencia; que el niño aprenda y el hombre sepa cómo se conserva la vida y la salud, y los medios de prosperar, y los deberes de padre y de ciudadano; esto es lo importante, y luego, mucho después, se verá cómo entretiene sus ocios y cómo satisface sus gustos.

Es un hecho que el niño, desde muy pequeño, lo mismo que tiene hambre si no se alimenta, se aburre si no se ocupa ó se entretiene, si no trabaja ó no se divierte; y no puede ser de otro modo, puesto que el espíritu necesita alimento como el cuerpo. Se dirá que la ciencia le alimenta: respondemos que sí, pero en parte nada más, porque el espíritu necesita y aspira, no sólo á lo verdadero, sino á lo bueno y á lo bello, y, como el descanso material del sueño, há menester el espiritual de alguna distracción ó recreo. Forman parte integrante del hombre sus sentimientos, sus gustos y la necesidad de distraer el tedio de sus ocios. Es asunto más digno de estudio que estudiado la importancia de las diversiones y su influencia; que, á comprenderse bien, sería objeto preferente de legisladores, estadistas, moralistas y filántropos.

El niño desde muy temprano quiere, no sól

distraerse, sino salirse de la realidad, y recurre á la ficción; juega á las visitas, al toro, á hacer comidas, á comprar y vender, á civiles y ladrones, y á otras mil cosas que inventa, según las circunstancias, para gozar en la representación de lo que realmente no tiene. Cuando el juego no consiste en un ejercicio que por condiciones especiales absorbe toda la atención, ésta se complace en situaciones que, con ser mentidas y saberlo él, no dejan de proporcionarle un grande entretenimiento. Más tarde, en la inacción ó en el preciso descanso, el peso del tedio será más abrumador, y más complicados y peligrosos los medios de sustraerse de él. Los millones de hombres que se pervierten, que se arruinan, que en vez de protección dan malos ejemplos á su familia, ¿contra qué escollo han ido á estrellar su virtud? Sucumbieron *al distraer los ocios y satisfacer los gustos*; ésa es la gran sima donde se hunde la moralidad de los rudos y de los cultos, y allí hay que acudir, con la ciencia sí, pero también con el sentimiento y con todo lo que eleva y purifica el gusto. Si para nosotros no fueran simultáneas las actividades, no vacilaríamos en dar lugar preferente á las que Spencer coloca en el último; porque si los extravíos del hombre están principal-

mente en sus diversiones y en la satisfacción de sus gustos, si allí pierde tantas veces la salud, la fortuna, la virtud y la honra, donde existen los peligros más inminentes deben dirigirse los mayores esfuerzos para conjurarlos.

Dado el hecho innegable de que el niño y el hombre necesitan distraerse, cuando no lo hagan racionalmente se divertirán brutalmente; dado que el niño y el hombre tienen afectos, éstos pueden convertirse en pasiones que les extravíen si no hallan alimento sano y dirección conveniente. Repetimos que el auxilio de la ciencia, lejos de desdeñarse, debe tenerse en mucho; pero ha de entenderse la ciencia en su sentido más lato de *conocimiento;* ha de comprender la psicología y la moral, lo mismo que la fisiología y la economía política, de modo que, conociendo al niño, tanto físico é intelectual, como afectivo y artista, comprenda todas sus necesidades, todas sus aspiraciones, todas sus aptitudes, todos sus peligros, en cuyo caso no podrá menos de considerar como cosa esencialísima cuanto al sentimiento y al gusto se refiere.

Se llama la atención del educador sobre la importancia de los actos en vez de insistir sobre su dificultad.—Este error está relacionado

con los anteriores; pero las funciones que principalmente deben de llamar la atención del educador y exigen su principal cuidado, no son las más *importantes*, sino las más *difíciles*. Lo más importante para vivir, es respirar; pero como esto se hace instintivamente, no se necesitan lecciones para que el niño respire. Ya Spencer se hace cargo de que el instinto auxilia para la conservación de la vida; pero omite la advertencia esencial de que los grandes esfuerzos del educador han de dirigirse á las grandes dificultades que ofrecen los afectos convertidos en pasiones, las inclinaciones pueriles ó perversas, y la grosería ó depravación de los gustos. Hay cosas importantísimas que el niño hace naturalmente, ó con poco esfuerzo, y el del educador ha de tener por objeto principal aquellas que necesitan mayor auxilio externo, porque para realizarse encuentran interiormente más dificultad. Esto, que en general es cierto, tiene aún mayor importancia en las aplicaciones particulares, y según la naturaleza del individuo y su posición social. Si se trata de un niño muy rico, se puede prescindir casi de los medios más propios para proveer á la subsistencia, y es preciso una atención especial para que el empleo de la riqueza no tenga una in-

fluencia depravadora. Las inclinaciones varias, si son desordenadas por su dirección ó por su fuerza excesiva, necesitan correctivo en la medida de su persistencia, y á veces cuesta más trabajo corregir un defecto pequeño que dirigir poderosas iniciativas. Cosa bien sencilla parece que el educador, como todo el que encuentra una dificultad, ha de medir á ella el esfuerzo; lo que importa mucho es penetrarse bien de que esta dificultad no se halla siempre en las cosas que se califican de primera importancia, y que además varía mucho según los individuos. Y no se diga que nunca merece atención primera lo que no es principal, porque los defectos en las personas son como las vías de agua en los barcos, y si se los deja, nadie sabe hasta ó nde podrán crecer y complicarse.

II.

LA EDUCACIÓN INTELECTUAL.

Censura Spencer con tanta razón como energía los métodos de enseñanza hasta aquí seguidos, y que para muchos países (entre los cuales desgraciadamente se encuentra España) no pertenecen al pasado, sino al presente.

Las palabras en vez de las cosas;

Los libros en lugar de los hechos;

La autoridad ocupando el puesto de la razón;

La rutina sustituyendo al plan razonado;

Las fórmulas que se encomiendan á la memoria pasivamente, y la tendencia á embotar la originalidad y energía individual, en vez de estimularlas, desconociendo las ventajas de la gimnasia del espíritu, y que las relaciones que se encuentran se saben mejor que aquellas cuyo conocimiento es debido al trabajo ajeno;

Las reglas generales y las abstracciones antes de conocer lo particular y lo concreto;

La mortificación sustituída al natural atractivo que el conocimiento de la verdad tiene;

La hostilidad que existe entre el maestro y el discípulo, en vez de la armonía que debiera existir.

Tales son los principales cargos que el autor razona contra los antiguos métodos de enseñanza en la segunda parte de su obra, que es, á nuestro parecer, la de mayor mérito y utilidad. Pero si en ella hay mucho digno de aceptación y de elogio, también hay algo esencial que no podemos admitir como verdadero, y es lo que calificábamos al comenzar estas observaciones de naturalismo y evolucionismo exagerados.